

Yeli Yeli, es el nuevo proyecto conjunto del cantaor gaditano Álvaro Romero y el productor de música electrónica lisboeta Pedro da Linha, que relaciona dos culturas tan diferentes y cercanas a la vez como la portuguesa y la española, incluyendo asimismo resonancias de sus respectivas relaciones con los territorios transatlánticos de América y África.

La electrónica de vanguardia y el flamenco tradicional actúan como puntos de partida para una indagación sobre los rumbos, flujos y derivas de estos nuevos babilonios que se dan en la música de ambos países, poniendo el foco en cómo la colonización llevada a cabo por ambos ha influido en la música pasada y reciente, en los movimientos que se han producido y se producen a nivel musical, en la relación cultural que se ha ido desarrollando a causa de esas idas y venidas, de la explotación, de la esclavitud, de la migración, etc. Y de la influencia de todo ello en la música de ambos países, dando forma a nuevos sonidos como el kuduro progresivo, creado en los suburbios de Lisboa a partir de los ritmos y sonidos llegados de Angola.

Da Linha y Romero vuelven a los orígenes del fado, a aquellos tangos que hacía Pastora Pavón (La Niña de los Peines), evocando los montes del Gurugú africanos, o a aquella danza primitiva que todavía se baila en el norte de Portugal, llamada La Chula, pero todo ello desde una mirada actual que recorre los sonidos del pasado conectándolos con el presente/futuro, con el que convivimos en nuestro día a día, en relación con la música tradicional y las nuevas tecnologías.

Para ello, se basan en un software de música electrónica que usan para acompañar el cante que sale de la garganta del gaditano, que para algunos suena a antaño y para otros a Sleaford Mods. Para la escenografía e iluminación está previsto trabajar junto a Maxi Gilbert, artista visual detrás de proyectos lumínicos para Veranos de la Villa o las giras de Vetusta Morla y Amaral, apoyándose también en proyecciones visuales recogidas, entre otras, de documentales de los años 70 (Cantos de trabalho o Povo que Canta) dirigidos por Michel Giacometti, o sobre el cine de Fernando Ruiz Vergara tras la Revolución de los Claveles de 1974, además de una instalación de luces inspirada en las raves que, llevadas a cabo de forma clandestina en lugares perdidos, fuera de la ley, se asemejan mucho a esas zonas de tránsito donde confluyen personas que huyen de la norma, o buscando una vida en movimiento, dando paso a vidas errantes y formas de vivir distintas que se antojan casi necesarias para crear la atmósfera que la música requiere. Una música que peca a conciencia de exceso, sin limitaciones de velocidad y con bpm's que en algunos casos rozan los 222 por minuto. Se contará en escena con varios bailarines sin una línea definida, alejados de cualquier etiqueta o adjudicándose todas a la vez, creando una nueva forma de entender la música y el baile a partir de movimientos basados en la improvisación, dando forma a siluetas que por momentos pueden recordar a la gran bailaora La Macarrona o en otros casos a lxs chavalxs del extraradio lisboeta botando a ritmo de Kuduro.

Igual que el ritual del pañuelo que da nombre al proyecto (Yeli Yeli), para comprobar que las gitanas llegan vírgenes al matrimonio, hace referencia a los cantos de alboreá, Romero y Da Linha llegan vírgenes al espacio de creación, inocentes e ingenuos, sin saber qué va a ocurrir, sin ningún tipo de prejuicios, sin miedo alguno al saber que no han manchado el pañuelo

porque han sido violadas y que son impuras porque quizás, en el proceso, ya cayeron en la deshonra.

En este caso el cante tradicional con el que trabaja Álvaro Romero se emplea como herramienta crítica de pensamiento, haciendo de las letras un espejo en el que el público puede mirarse y verse los lunares, las arrugas propias de la edad o las cicatrices de viejas heridas. Romero lanza preguntas al aire como si fueran 'oles' escritos en lenguaje matemático y, sin detener su cante ni un solo momento, da claves para construir un relato sobre quiénes somos y sobre quiénes hemos sido. De este modo, la escena se convierte en un jardín en el que florecen cuestiones sobre la memoria histórica, la identidad colectiva, los roles de género o la violencia machista.